Doña Perfecta

Sarasqueta

Doña perfecta

Sarasqueta

Avant
editorial

Primera edición, abril de 2026
© Sarasqueta, 2026

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-88206-13-9
THEMA: FBA-FS-FXM-1DSE-ES-AC
DEPOSITO LEGAL:M-10279-2026

CAPÍTULO 1

LA PRIMA

La familia Reiffs, mi familia, procede de La Carlota, un pueblo de la campiña sur cordobesa, a treinta kilómetros de la ciudad. El Rey Carlos III inició la repoblación de esa zona, desértica por entonces, allá por mediados del siglo XVIII. Trajo a mucha gente de Europa central. Alemanes, en su mayor parte. Por eso en mi familia somos personas altas, rubias y de ojos y piel claros. El rey quería repoblar el territorio a fin de reducir el bandolerismo. Para ello se dictó el Fuero de Nuevas Poblaciones, que permitía a los recién llegados establecerse y volver a empezar de cero. Pero sin pagar impuestos. Se construyó la iglesia, la posada, la cárcel y todo el aparato administrativo a ambos lados del Camino Real. Camino que venía desde Cádiz, pasando por Sevilla, y conducía hasta la capital, ya en Madrid.

Ese camino pasó a ser carretera nacional y ahora no es más que una calle del pueblo.

La antigua red de ferrocarril que conectaba con Sevilla se ha convertido hoy en una vía verde. Por ella

circulan ciclistas y senderistas. Yo misma paseo por ella cuando voy de visita a La Carlota. La campiña sur es muy bonita aunque pueda parecer aburrida. Una vez dentro, te das cuenta de los paisajes y de la variedad de bichos que tiene. El atardecer deja un cielo abierto e inmenso de color celeste y anaranjado. Junto con el verde del trigo, compone una postal e impregna unos olores para el recuerdo. En la campiña no solo hay cereal y olivos. También hay campos de algodón, girasoles y vides. Incluso campos de avellanos, de donde se sacan buenas varas para zurrar a los niños malos. Hasta pistachos he visto plantados. Todo ello salpicado de alguna encina y de chumberas, donde se cogen buenos higos con cañas que luego hay que varear para no pincharse. Hay perdices, liebres y algún zorro que se entrecruzan. Y codornices, que cazan con red los lugareños por Semana Santa, aunque sepan que está prohibido. Como los cojan, verás.

La familia Reiffs, mi familia, la forman tres hermanas y tres hermanos. El abuelo Paco fue el patriarca. Nacido en La Carlota en 1917, se casó con una vecina de Las Pinedas, el pueblo de al lado. Muy religioso y de carácter fuerte, sus hijas e hijos podían oír sus gritos desde debajo de la cama, donde se cobijaban. El abuelo Paco formó una extensa familia y casi todos se dedicaron a la agricultura desde bien niños. Más tarde, iniciaron su éxodo y se abrieron camino por otros derroteros, ya en la ciudad. Casi todos se mudaron a las

afueras de Córdoba, a un barrio obrero, viviendo en el mismo bloque de pisos, sin olvidar sus raíces rurales en el pueblo y la campiña. Tres hijas y tres hijos; solo una de ellas fue a la universidad. La rara de la familia. La más moderna y cosmopolita. Doña Perfecta, le decían. Estudió Historia del Arte en Granada, donde estudiaba antes todo el mundo. Todo el mundo de Andalucía, quiero decir. Al poco tiempo de estar allí, conoció a un abogado de Cardeñas, un pueblo de la sierra norte cordobesa. Se casó con él y se vinieron a Córdoba a vivir. Muy revolucionario y de izquierdas, el abogado llamaba fascista a todo el mundo. A mí no me cae nada bien. Qué mal genio tiene y qué mala leche. Primero se mudaron al barrio de Santa Rosa durante unos años. Se ve que les debió parecer poca cosa y más tarde se compraron una casa en el centro de la ciudad. En todo el centro del *boulevard* cordobés. Y para qué. Tanto aparentar y, ahora, ella tiene depresión y casi no sale de casa.

—¡Le tenemos que pedir el carricoche a la tita! —le digo a mi prima Paqui.

—Pues llámala al móvil, madre mía.

—Si es que no me funciona bien —le digo agobiada.

—Apágalo y vuélvelo a encender.

—¡No digas pegos, Paqui! ¿Es que no sabéis decir otra cosa los informáticos? —le digo—. Eso no sirve de nada, ¡joder!

Mis primas y yo vivimos en el mismo bloque de pisos, a las afueras de Córdoba. Un barrio de gente trabajadora, la mayor parte. Mi primo Niño se casa. Aunque rondemos la treintena, le seguimos llamando por su mote con cariño. Estamos un poco revolucionadas y no sabemos qué regalarle. La tita Ani aparca la Biblia un rato y se encarga de poner un poco de orden entre tantos nervios. Se ha hecho una limpieza de nariz y se le ha quedado roja.

—¿Qué me va a pasar, María Rosa? —me dice mi tita—. Que me han quitado todo el barro.

—Pues se te ha quedado roja —le digo inocente.

—¡Roja no! ¡Colorada!

Mis titos también vienen a la boda. Les viene bien salir. Desde que se jubilaron de guardias civiles, tienen poco que hacer. Van a La Carlota a ver sus huertas y sus olivos. Y poco más. Incluso viene mi tito Antonio, que vive solo en la casa del pueblo y al que tienen que ayudar a que se ponga la chaqueta. Toda mi familia son gente de pueblo. En La Carlota hay mucha afición al campo y a la huerta. Cuando tienen oportunidad, allí que se van. Todos menos mi tita la del centro. La universitaria de la familia, la más moderna y cosmopolita. Nunca hemos tenido mucha relación con ellos. En la infancia y poco más. Son una familia muy asocial. Sus hijos casi nunca salen de casa. Mi primo el Karateka, siempre pegado a su madre; Elena, la mediana, que ahora está muy bien. Y luego está el Ninty Nine, el

eterno estudiante de doctorado. El pequeño de la familia, es más raro que un piojo verde. Y ese padre que tienen... Todos los fines de semana se van a su pueblo. A Cardeñas. Un pueblo de la sierra norte de la provincia. Se van a cazar. Allí tienen una casa en el campo. Al padre le tocó La Quiniela y se la hizo construir a las afueras del pueblo. Si es que todos los tontos tienen suerte. Qué rancio y qué mustio es. No es que a mí me importe mucho, pero debe de tener a su familia amargada. ¿Quién querría tener un padre así? Enseguida me iba a ir yo con ellos a su casa. Ni a la del centro ni a la del campo, allí apartados, en mitad del monte en una zona tan umbría. Yo no me arrimo a ellos ni muerta.

—He estado mirando una residencia —dice mi tita Ani—. Para ir acostumbrándome.

—Pero qué dices tita —le digo—. Si no tienes ni setenta años.

Mi tita nunca ha trabajado fuera de casa. Siempre la recuerdo con el delantal. Desde que murió mi abuela, mi tita se siente perdida. Sin rumbo. Sin nadie a quien cuidar. No le queda nadie con quien practicar su caridad. Toda su vida ha sido eso. Como si desde pequeña la hubieran entrenado. Se pasaba todo el día cuidando a mi abuela. A causa del Alzheimer, se podía atragantar. Le metía inyecciones de gelatina por la boca para alimentarla y siempre estaba cambiando pañales de aquí para allá. Buscándonos a las primas para que la

abuela no se quedara nunca sola. Todo el mundo ayudando. Menos mi tita, la del centro.

—Vaya con Doña Perfecta —decía rabiosa mi tita Ani—. Nunca se mancha las manos.

Mi abuelo murió hace años. No vi a mi tita Ani muy triste cuando ocurrió. Mi madre me contó que se metían debajo de la cama cuando le oían pegando gritos. Era una mala bestia, como una hidra de siete cabezas. Y ahora nada de eso está. Se nutre un poco de mi otra tita, la del centro, a la que llama todas las tardes para hablar con ella y ver cómo está. Mi tita la del centro está mala. Tiene depresión. Y eso a mi tita Ani le alimenta. Por eso habla tanto con ella. A mi tita la del centro no la conozco mucho. La oveja negra de la familia. La más moderna y cosmopolita, fue la única universitaria entre sus hermanas y hermanos. Mi tita Ani la tendrá frita a la pobre, dos horas que se tira hablando con ella por teléfono. Todas las tardes.

CAPÍTULO 2

MI ABUELO Y MI ABUELA

Mi prima María Rosa pronuncia mal el nombre. No sé por qué siempre tiene que decir Cardeñas.

Mi padre me contaba que en su pueblo, Cardeña, al norte de la provincia, había una niña que curaba a la gente. Sin haber estudiado Medicina ni nada. Se llamaba Catalina. Catalina, la niña sabia. Contaba que vivía en un viejo cortijo en mitad del monte. Que una mañana, un hombre alto muy serio y muy bien vestido, le dijo que le acompañara. Le reveló todos los secretos para poder curar. Testigos de ello han sido algunos de mis tíos, hermanos de mi padre. Catalina no sabía leer ni escribir. Llegaba a casa junto con otra amiga, quien extendía la nota con lo que recetaba Catalina. Que se tome esto, esto y lo otro. Su acompañante lo anotaba, se lo daba a la persona en cuestión y luego le daban una propina. Y funcionaba.

Si todavía viviera, podría recetarle algo a mi padre. Sus pesadillas y alaridos nocturnos no me dejan dormir bien y yo necesito terminar con el doctorado.

Todo esto me lo contaba mi padre en la cama, de pequeño. Necesitaba que me dejara la pequeña lamparita azul encendida para poder dormirme. Se sentaba al borde de la cama y yo le pedía que me contase cosas de su padre, mi abuelo. Él era de Cardeña. Según parece, lo veía como un ogro. Alguna vez se lo confesó a mi madre, quien, a su vez, nos lo comentó en secreto. Mi madre cuenta que las comidas en casa de sus suegros eran muy tensas. Además, siempre llegaba con el estómago revuelto. Había cientos de curvas hasta subir a Cardeña. Una zona de lobos, apartada y húmeda, con altas encinas y quejigos por donde nunca pasa el sol. Algunas veces, mi abuelo guardaba silencio durante dos meses seguidos. «Esto no va contigo»; tenía, por lo menos, la decencia de susurrarle a mi madre al oído.

Cardeña formaba parte de otro municipio lejano. Ello hasta que en 1930 se independizó. Eran tiempos convulsos para todos. Más que de diplomacia, se tiraba de dinamita. En su casa del pueblo, que fue cuartel de un bando y luego de otro, tenía mi abuelo búhos y una lechuza. Mi padre me contaba que le daba miedo entrar en el cuartillo del búho porque se le abalanzaba. Sin embargo, mi abuelo le pedía que subiera con cualquier excusa. «Que tenía que hacerse un machote», le decía. Como un torero. Me contaba que también tenía miedo de bajar al corral de noche. Allí había pavos y gallinas. Una noche, descendió por la laderilla que daba